

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.
PRECIOS
DE LA
SUSCRIPCION:
UN PESO AL MES EN LA HABANA
Y 30 rs. Ros.
POR TRIMESTRES ADELANTADOS
EN EL INTERIOR
FRANCO DE PORTE.



LA REDACCION
y Administracion
IRICLA, NUM. 88
A DONDE
DIRIGIRAN
TODAS LAS COMUNICACIONES
y reclamaciones.
EL NUMERO SUELTO SE VENDE
EN LA ADMINISTRACION
A DOS REALES PTES.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLERGAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

A LOS PIES DE V.—BESO A V. LA MANO.

Así empezó, lectores, la entrevista que yo tuve con cierta persona, cuya opinion consulto siempre que necesito hablar ó escribir sobre materias de público interés, luego que llegó á mis oídos la estupenda barbaridad de los monigotes que en algunos periódicos madrileños se han permitido hablar de la venta ó cesion de Cuba; como si no fuera mejor cederlos á ellos á quien quisiera tomarlos, y no he dicho venderlos, porque.....quizá para eso seria ya un poco tarde.

Por las palabras del saludo habrán ustedes comprendido que la persona indicada pertenece al bello sexo, y dirán mas de cuatro: ¿pues qué relacion tiene esa señora con Cuba? Y contestaré yo: alguna tendrá, cuando yo fui á conferenciar con ella sobre el asunto. Y proseguirán aquellos: ¿qué! ¿se trata de D^a Emilia? Y continuaré yo: no, señores, porque, aunque D^a Emilia es una señora mayor, se trata de una señora mayor que D^a Emilia, tanto que D^a Emilia pudiera casi ser hija de la señora mayor de quien se trata. Y agregarán los consabidos: ¿cómo! ¿hay, acaso, en el mundo alguna mujer mas vieja y mas fea que D^a Emilia? Y yo añadiré: mas fea creo que no; mas vieja creo que sí; porque la dama de quien voy hablando, tiene miles de años encima, tanto que ya era muy conocida en los tiempos de Maricastaña, motivo por el cual se me figura que esa mujer, aunque no mucho, debe ser algo mas vieja que doña Emilia.

Valga la verdad, lectores, la aludida señora es voto competente, no solo en las cosas de Cuba, sino en las de las cinco partes del mundo, con sus archipiélagos correspondien-

tes; porque lo sabe todo, y tiene una memoria tan feliz y un juicio tan recto, que sus fallos inapelables merecen el respeto de todos los hombres..... incluso los periodistas. Miren ustedes si tendrá perendengues la autoridad de que hago mencion, que el mismo Aristóteles, aquel que opuso el *Amicus Plato*, *sed magis amica veritas*, al *Magister dixit* de los pitagóricos, y á quien tomaron por tal *Magister*, pitagóricamente, los escolásticos de la *edad calceta*, digo, de la *Edad Media*, si volviere al mundo y oyese una sentencia de la mujer de quien hablo, la acataría sin replicar..... aunque hubiera tenido el arrojo de hacerse periodista.

En fin, con decir que la tal señora es Doña Clío, alias, la *Musa de la Historia*, se verá que no hay exageracion alguna en la autoridad que yo la concedo.

¿Qué! ¿No todos son de mi dictámen? Es verdad; ahora caigo en que muchos hablan de la Historia, sin conocerla mas que de nombre, sobre todo..... si son periodistas, y comprendo que lleguen á poner en tela de juicio sus palabras los que no la conocen.

—¿Qué es eso, ciudadano? exclamó Doña Clío, en cuanto supo el objeto de mi visita. ¿No ves que ahora hay en España verdadero gobierno representativo? ¿Cómo, pues, habia de verificarse la cesion ó venta de ninguna provincia española?

—¿Toma! dije yo, pues ¿qué tiene que ver la cuestion de ventas ó cesiones de territorio con la forma de gobierno? Al contrario, no falta quien dice que, por lo mismo que en Madrid hay prensa libre, se da el escándalo de ver allí hombres capaces de proponer públicamente la venta ó la cesion de Cuba, cosa

que no habrian tolerado los que invocaban el derecho divino.

—Eso es cierto, contestó Doña Clío; pero si los periodistas pueden decir hoy en Madrid lo que les dé la gana, los gobernantes no pueden hacer mas que lo que quiere la nacion allí donde domina legalmente la opinion pública: de suerte que, habiendo en la actualidad periodistas que escriban disparates, hay un gobierno y unas Cortes que, como han salido del pueblo, al pueblo tienen que dar gusto, y por eso han manifestado tanto patriotismo, mandando numerosos batallones para sofocar la insurreccion de Cuba y respetando como debian los intereses creados; mientras que, cuando imperaba el capricho de un soberano, nadie escribia, y en cambio, los reyes cedian ó vendian todo lo que se les antojaba. Rusia, por ejemplo, acaba de vender á los Estados Unidos las posesiones que tenia en América, porque así lo ha dispuesto el Autócrata, que á nadie debe cuenta de sus actos; pero ¿hubiera ese señor podido vender como cosa suya lo que á su nacion pertenecia, si en aquel país existiesen Cámaras como las de España ó Inglaterra? Y no me hables de si Méjico vendió á Tejas y la Mesilla y de si Santo Domingo intenta vender la bahía y península de Samaná, porque sabido es que los que tales cosas han hecho, ó pueden hacer en ciertos países de América, son reyes absolutos disfrazados de presidentes de república.

Confieso, lectores, que me dejó atónito Doña Clío con su razonamiento, que no tenia réplica, y por eso no se la di, como se la hubiera dado si la hubiese tenido, pues mal podia dársela cuando no la tenia; pero necesi-

tando pruebas sacadas de nuestra historia particular, para dar con el texto en los hoci-cos á los que suponen que la integridad del territorio está mas asegurada donde la voluntad de una persona es ley que donde domina la pública opinion, me atreví á pedir las, y al momento *Doña Clio*, desenvolviendo el rollo de papeles que siempre lleva en la mano izquierda, me indicó algunos pasajes diciendome:

—Mira: ahí tienes la carta de cesion de la Sicilia, que el rey de Aragon D. Pedro III hizo en favor de su hijo D. Jaime, y ahí está el contrato de venta del Rosellon á Luis XI de Francia, que verificó otro monarca digno sucesor de D. Pedro.

—Es verdad, dije yo; pero, al cabo, el Rosellon nos fué devuelto por Carlos VIII en el propio siglo en que se habia realizado la venta.

—Sí, replicó *Doña Clio*; pero atiende.

Y esto diciendo, apuntó con el índice al texto del *Tratado de los Pirineos*, aquel desdichado convenio por el cual el muy piadoso señor D. Felipe IV, que en los infiernos esté, cedió el Rosellon á los franceses, despues de haber perdido á Portugal; cosas que pasaron cuando no habia Cortes ni periódicos.

—En cuanto á Felipe V., continuó *Doña Clio*, imposible es pensar en ese señor sin acordarse de Gibraltar.

—En efecto, dije yo; el entusiasmo de los castellanos por ese príncipe francés fué causa de que los ingleses tomasen el peñon inexpugnable; pero, por otro lado, ¿qué culpa tuvo Felipe V. de que los tales ingleses se empeñasen en conservar lo que habian tomado por sorpresa?

—Mira, contestó *Doña Clio*.

Y me señaló el vergonzoso *Tratado de Utrecht*, en el cual reconoció Felipe V el derecho que tenían..... (nunca lo tuvieron) los ingleses á quedarse con Gibraltar, y añadió:

—¿Hubiera el francés duque d'Anjou, llamado Felipe V, aceptado el pacto de Utrecht, equivalente á la cesion de Gibraltar, á no ser, como lo era, dueño de hacer de la capa española sayos para todo el mundo, por no haber á la sazón Cortes españolas que se lo impidiesen?

—Cierto, dije yo: pues no hay duda, el hombre que admitió ese tratado, lo mismo que cedió á Gibraltar hubiera cedido otras posesiones españolas, aun estando España en plena posesion de ellas.

—Ahí está la prueba, repuso *Doña Clio*:

Y llevó la mismita yema del dedo á la página de las Dos Sicilias, es decir á Nápoles y á Sicilia, territorios que fueron conquistados por valientes soldados españoles, no para España, sino para que D. Felipe V formase un buen reino.....y se lo cediese al segundo de sus hijos.

—¡Pues hombre! exclamé yo, ya no faltaba mas que ver á esos señores cediendo ó vendiendo tambien las posesiones del Nuevo Mundo que por nuestros mayores habian sido descubiertas, pobladas y civilizadas.

Aquí *Doña Clio* me dió un golpazo en las narices con su sempiterno rollo de papeles,

y despues, desenvolviéndolo, me fué mostrando con el dedo varios pasajes.

—Mira, dijo, el respeto que han tenido los Borbones á las posesiones españolas del Nuevo Mundo. El mejor de ellos, aquel Fernando VI, cuya coronacion y boda mereció las extraordinarias fiestas que tan sandungueramente ha pintado el P. Isla, *vendió el Paraguay* á los portugueses, ó lo que es lo mismo, lo cambió por la Colonia del Sacramento. Llegó el famoso Carlos III, y cedió la *Florida* á los ingleses, como podía ceder una prenda de su ropa. Vino Carlos IV, y para hacer á una hija suya reina de Etruria, cedió por el tratado de Luneville á Francia (1) la *Luisiana* y seis navios de linea, cosas que pertenecian á los españoles, bien que antes habia el mismo Sr. cedido, por el Tratado de Basilea, nada menos que la tierra predilecta de Colon, aquella que por él fué nombrada *La Española*, es decir, *Santo Domingo*, que se adjudicó á los franceses, no sacando nuestra nacion mas fruto de aquel tratado que el ver á D. Manuel Godoy nombrado *Príncipe de la Paz*. En fin, llegole su turno á D. Fernando VII, el *descado*, y este, por el Tratado de Washington, conculido en 22 de Febrero de 1819, *vendió* á los yankees, en cinco millones de pesos la *Florida*, que habia vuelto á ser de los españoles. Pero ¿qué no serian capaces de vender ó de ceder los Borbones, cuando el freno de una constitucion no les sujetaba, si, viéndose en 1808 en Bayona, todos los que entonces vivian, *cedieron* á Napoleon Bonaparte la *nacion española entera*, con todas sus posesiones ultramarinas? Afortunadamente el pueblo se cargó de razon y en Cádiz se reunieron unas Cortes Constituyentes que, dando direccion á la guerra, salvaron la nacionalidad española. Eso sí, tan pronto como, gracias á dichas Cortes, pudo volver á España el Sr. D. Fernando VII, el que habia entregado la nacion á los franceses, echó á presidio á los diputados de Cádiz que tanto habian contribuido á mantener la independencia é integridad de la patria, solo porque aquellos venerables hombres eran constitucionales, es decir, porque no querian dejarle disponer del país y de sus habitantes á su soberano antojo.

—Estoy, dije yo, convencido de que los monarcas absolutos no han tenido con nuestra querida España sobrados miramientos, pues han dispuesto de ella como si fuese patrimonio de una familia, y que por lo tanto, los que quisieren trasportarnos á los pasados siglos, para mejor garantizar nuestras actuales posesiones, no la conocen á V., mi señora *Doña Clio*. Sin embargo, eso de que haya periódicos que en Madrid aboguen por la venta ó cesion de Cuba, me inspira cuidado, porque yo soy de los que con mas energía protestan contra esa infamia, no queriendo que ahora, ni nunca, cedamos una pulgada de terreno de nuestros dominios.

—Y bien, contestó *Doña Clio*; que la proposicion te disguste, se comprende; pero que

(1) No ha mucho, uno que se precia de saber historia, dijo que la Luisiana se habia cedido á la Francia por el *Tratado de Amiens*. ¿Qué se desprende de eso?... Que así se escribe la historia.

te inspire temor, yo no lo comprendo; porque si hay en España dos ó tres periódicos que propongan cosas humillantes, tambien hay mas de ciento que las rechazan y condenan con razon y valentia; de modo que, donde está el veneno, está la triaca, y ademas, ¿no ha dado el general Prim explicaciones satisfactorias para los buenos españoles? ¿No es altamente favorable la idea de la perpétua conservacion de Cuba en la madre Patria, donde el poder de la opinion ha reemplazado al del capricho? Tranquilízate, amigo; vive seguro de que, si antes hubo quien *cediese ó vendiese* provincias españolas, ya no puede haber quien *venda ni quien ceda una pulgada de terreno de nuestros dominios*, y en esta confianza, sigue predicando la union de los españoles y la *sumision al principio de autoridad*, ó lo que es lo mismo, combatiendo todo pensamiento separatista; bien entendido que, si por atender mas á la voz de un partido que á la de la Patria, se te escapase un concepto sedicioso... *pro me labores*, te dirian los enemigos de España.

—Tiene V. razon, dije yo tomando el sombrero: veo que la cesion ó venta de Cuba es imposible, cuando los gobernantes consultan la pública opinion hasta para la reforma de los aranceles, como, con aplauso universal, lo han hecho estos dias el general Caballero de Rodas y el intendente Sr. Santos; y cuando los defensores entusiastas de la integridad del territorio estamos en inmensa mayoría, lo mismo en la Península que en Cuba, y veo que tanto mas fuertes seremos contra el mundo entero, cuanto mas respetemos á las dignísimas autoridades que, así en la madre Patria como en la Isla, dan pruebas repetidas de patriotas, de inteligentes y de consideradas con la opinion pública. Tiene V. razon, y agradezco esta leccion, con que podré contestar á los que, por haber leído poco y mal, abriguen y difundan absurdas preocupaciones.

Y terminó la entrevista con estas palabras sacramentales:

—A los piés de V.—Beso á V. la mano.

EL MORO MUZA.

CARTA AL "MORO MUZA."

Buen Muza, te aseguro
Que voy á reventar de puro gozo,
Y este gozo tan puro
No es de aquellos que caen en un pozo.
Estoy tan satisfecho
De ver que los retratos que tu has hecho
De los pobres mambises insensatos
Te acreditan de insigne retratista,
Por ser esos retratos
Muy dignos de tu Musa alegre y lista;
Que, vamos, si no tomo
A buen paso el camino de tu casa,
Verdades á escuchar de tomo y lomo,
Dí que el deber la libertad me tusa,
Impidiéndome dar un solo paso,
Que acercarme hacia ti pudiera acaso.
Anclado en este puerto
Que á la turba *mambí*, siempre está abierto, (1)
Lo cual muy claro indica

(1) El autor, que es un apreciable joven marino, está con su buque en un puerto extranjero.

Que en él no tiene la vergüenza asilo,
O al tenerlo se calla y no se pica,
Cuando mas de un *mambí* la pone en vilo;
Mi ocupacion primera
Se reduce al estudio de esa fiera
Que tu ingenio, en la sátira muy dueho,
Ha descrito ora en verso y ora en prosa
Con una exactitud maravillosa.....
La Historia Natural te debe mucho.
Confieso, sin embargo, y no te asombre,
Que al leer por vez primera
Tus artículos, dije—este exagera;
Quiere probarnos que el *mambí* no es hombre:
El amor á la Patria le estravía,
Y así juraría
Que no eras, ni aun él mismo, en lo que dice.
Ah! Muza, te suplico me perdones
El insulto terrible que te hice
Al dudar de tus sanas intenciones.
¡Qué quieres! la experiencia me faltaba,
Y mirando al través de mi inocencia
Reedé que tu pluma exageraba.....
Mi falta de experiencia
Perdióme aquesta vez, Muza querido,
Pero ya, francamente, he comprendido
La razon poderosa que le asiste
A tu pluma valiente,
Siempre que al laborante, frente á frente,
Le arremete y le obliga á que no chiste.
Metido, como me hallo,
Entre ellos noche y día,
Ya puedo dar mi fallo
Sobre esa turba degradada, impía,
Sin temor de faltar al sacro fuero
De la verdad que acuto,
Aunque el decirlo explícito y sincero,
Me dió mas de un mal rato.
Es verdad que la rabia de esa gente
Que la preciosa libertad proclama,
Al mismo tiempo que en furor demente
Por la tea incendiaria necia clama;
Me hace á mi tanta mella, te lo juro,
Como á Rothschild haría
La pérdida de un duro,
O de medio, que es menos todavía.
El *mambí* de Nassau (que yo imagino
Será el mismo que en Cuba y en la Habana)
Es una mezcla inmundada de cochino,
De tigre y aun de rana.
Se asemeja al primero
En lo súcio y grosero;
Al segundo en sus muchas malas mañas,
Nacidas de sus péfidas entrañas;
Y, Muza, en lo que toca
A la rana..... el *mambí* mas esforzado
Se parece en que tiene tanta boca
Como tiene un valor muy limitado.
Esto en el órden animal: si paso
Al vegetal, acaso
Veremos se asemeja por la traza
De su cholla, que solo oculta viento,
A la insípida y vana calabaza,
Símbolo de la falta de talento.
En cuanto al mineral: yo, con franqueza,
Creo que el corazon del laborante,
Debe ser de diamante,
Sino por su valor, por su dureza.
Algo de sus costumbres te diría,
Y así de describirlo acabaría,
Pero, esas las conoce el mundo entero,
Y si mas me extendiera, temería
Cansar á los lectores, y no quiero
Que tal suceda, Muza.
Además, me parece
Que gasté mas papel del que merece
Esa pobre gentuza.
Dejo, pues, este asunto,
Que ya me vá cansando
Y gracias al lector amable dando
Por su fina atencion..... hago aqui punto.

M. GONDRA.

EL TAPETE VERDE.

I.

D. Blas era un señor de cincuenta años, de corta estatura, grueso, molettudo y colorado: la personificación, en fin, del bienestar y la tranquilidad doméstica.

Su mujer, D^a Juana, que contaba la misma edad que su esposo, formaba con él un perfecto contraste. Era alta, seca, pálida y nerviosa.

La calma, la pesadez, mejor dicho, de don Blas, se destacaba notablemente al lado de la viveza ratonil de D^a Juana. Y sin embargo de aquella tan notable diferencia de caracteres, en la casa que habitaban los dos esposos nunca se sabía que hubiese la mas pequeña riña, lo cual consistía en D. Blas, que si alguna vez notaba en su esposa síntomas de tempestad, se apresuraba á darle gusto en cuanto podía, por evitar así gritos y pendencias de que era acérrimo enemigo.

Por eso, aunque D^a Juana no tenía nada dulce el carácter, en su casa jamás se reñía, gracias al bueno de D. Blas, que á todo accedía gustoso, aunque fuera un desatino, con tal de conservar aquella paz octaviana, que era su mayor elemento de vida.

Todas las mañanas iba á misa temprano, volvía luego á su casa, almorzaba y á las diez se le veía risueño como siempre, aunque entregado á los trabajos de su cargo, sentado ante la mesa de su oficina, con las gafas caladas y dando que hacer á las plumas de ave, que él mismo, enemigo de las de acero, cortaba cuidadosamente.

D. Blas, en fin, era uno de esos pocos empleados antiguos que hay en las oficinas del Gobierno, y que felizmente no se ha contagiado de la ambición y el descontento que hoy anda como peste entre los humanos.

II.

Una noche de invierno en que el agua caía de las nubes á torrentes, D^a Juana, sola con su criada en el modesto piso tercero que habitaba, media á largos pasos la reducida sala, pintándose en su rostro, contraído por la cólera, toda la ira que se albergaba en su pecho.

Un reló de pared anunciaba en su amarillenta esfera la una de la madrugada.

La criada de D^a Juana dormitaba sentada en una silla.

De pronto la mujer del empleado dió, no un grito de alegría, sino uno de esos gritos que tienen cierta semejanza con el rujido del león próximo á lanzarse sobre su presa.

Un carruaje paró á la puerta de la casa, é inmediatamente resonaron en el interior de esta los tres golpes que servían para avisar al cuarto habitado por el matrimonio.

La criada despertó sobresaltada.

—Baja inmediatamente, exclamó D^a Juana. O si no, no bajes, no; donde ha estado hasta ahora que pase la noche.

La criada se detuvo dudando.

No, baja, baja pronto, dijo luego D^a Juana, que no tuvo valor para retardar mas el estallido de sus iras.

Y la criada salió de la habitación, quedando sola en ella la enfurecida esposa, que hizo aun mas agitados sus paseos.

III.

Cuando despues de un rato apareció en la puerta de la estancia D. Blas, su esposa tomó una actitud tal, le dirigió una mirada tan penetrante, tan fija, tan espantosa, que el infeliz marido se detuvo anonadado en el umbral.

—Buenas noches, dijo con tímida y entrecortada voz.

—Buenas serán para V., gritó furiosa D^a Juana.

—Mujer, perdóname si esta noche por primera vez me he retrasado; no ha sido culpa mía, un amigo.....

—¡No hay amigos que valgan! exclamó la irritada esposa. No venga V. con disculpas, que no soy tonta. Es la una y media, y me ha de dar V. inmediatamente estrecha cuenta de sus acciones de esta noche, punto por punto, si nó, armo un escándalo y nos han de oír los sordos.

—Por Dios, calla, dijo asustado D. Blas, viendo la verdad de aquella amenaza terrible.

Y despidiendo á la criada para que se acostase, quedó solo el matrimonio, tomó asiento D. Blas, y continuó paseando agitada D^a Juana.

—Ante todo, si he de contarte lo que me ha sucedido esta noche, dijo el empleado, en cuyo rostro, á pesar del disgusto que por su mujer sentía, se pintaba una alegría mal disimulada, me has de prometer no reñir. Perdóname si acaso no te gusta lo que esta noche hice; pasa por ello como si nada hubiese sucedido, y te prometo que no volveré á hacerlo, si con ello te disgusto.

D^a Juana que, como mujer, era curiosa, prestóse á escuchar la narración, dando á su semblante toda la gravedad de un juez que escucha la declaración de un criminal, y tomó asiento.

—Esta noche, dijo D. Blas, empezando por fin, he estado con mi antiguo amigo..... con Pedro.

—¿No te he dicho, exclamó D^a Juana levantándose violentamente, que no has de mirar á ese bribon á la cara?

—Mujer, escucha si quieres, dijo con su habitual calma el esposo, y luego hablarás cuanto gustes, que no he de ser yo quien te obligue á callar.

D^a Juana, con una cara feroz volvió á sentarse.

—Como te dije, continuó D. Blas, he estado con Pedro. Me encontré con él cuando venía hácia casa, á las once como de costumbre; se empeñó en que habíamos de ir á cenar juntos, y no pude resistir á sus ruegos. Ya sabes lo que él es: en estando de ganancias, no le duele gastar como un príncipe.

—¡Perdido! exclamó D^a Juana.

—Pues bien, siguió D. Blas, como si no hubiese oído la exclamación de su esposa, fuimos á los andaluces á cenar, y allí, hablando de mil cosas, vino á caer la conversacion en el juego. El dice que hace tres años vive de eso solamente, y lleva una vida magnífica.

—¿Qué ha de decirte, tonto? gritó D^a Juana. Para que te aficiones y vayas con él á esos garitos.....

—Escucha, escucha y despues hablarás, dijo D. Blas interrumpiéndola. Yo dije que no era posible gozar con el dinero así adquiriendo, y él diciéndome que sí, y yo que no, creció la disputa que terminó felizmente con una pregunta que Pedro me hizo.

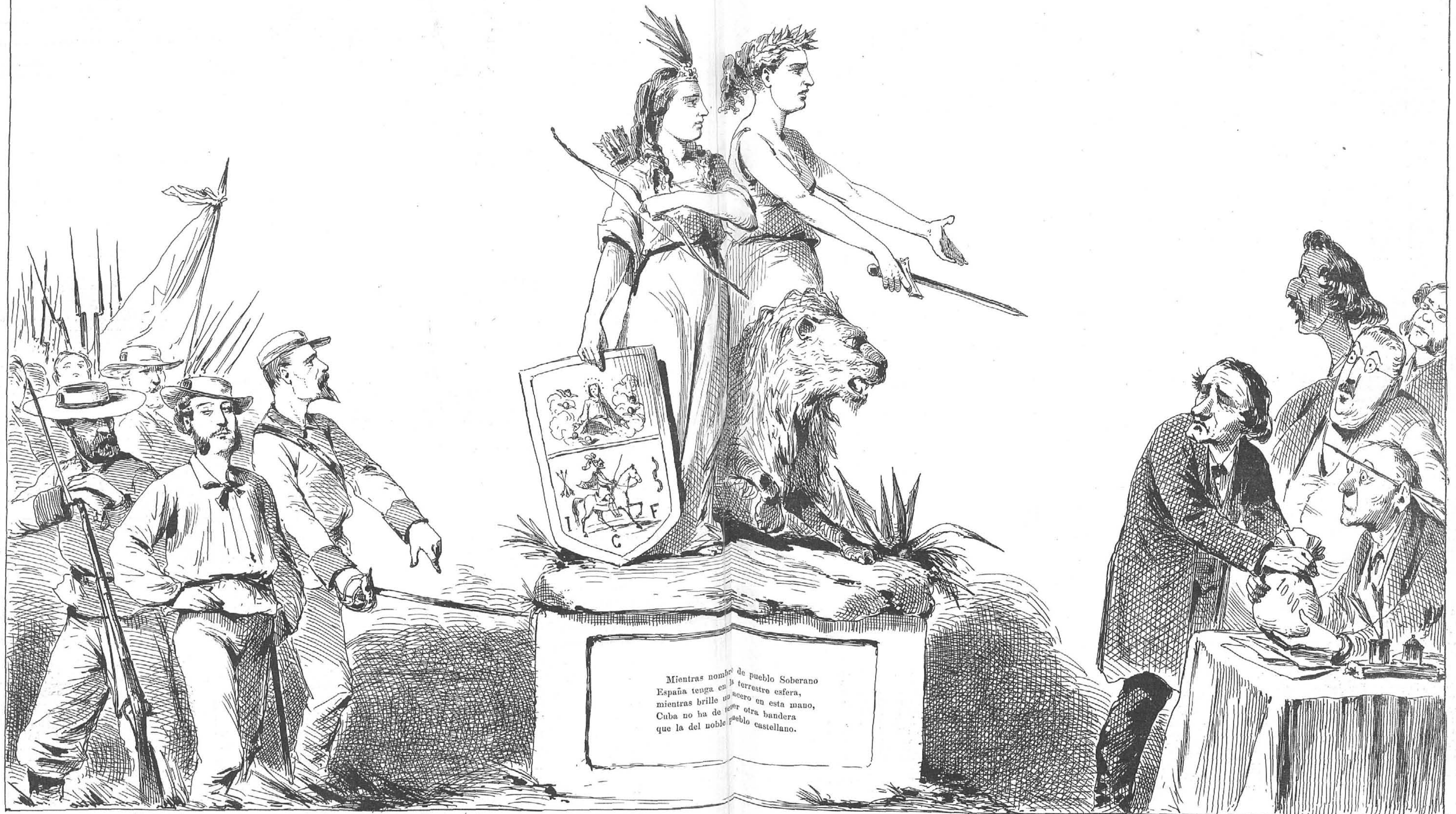
—¿Cuál?

—Que si habia ido yo alguna vez á una casa de juego, á lo cual contesté que no, y entonces él, con razon suma, me dijo que no podia hablar con exactitud de una cosa que no habia visto.

Es, en fin, lo cierto que yo no sé cómo, de palabra en palabra y de obra en obra, yo que en cincuenta años que tengo no habia pisado una de esas casas, que segun dicen son de perdicion, esta noche al cabo.....

(Continuará)

UN DESENGAÑO MAS.



¡Hola! ¡Compradores y vendidos! ¡Acérquense y verán las dificultades con que han de tropezar para su cumplimiento los tratados internacionales confeccionados por los laborantes en las redacciones de ciertos periódicos.

—¿Qué dicen aquellos señores?
—Suelte V. el dinero que le he pedido por mi pluma, y después haremos por averiguarlo.
—No, señor, no lo suelto, pues me parece que nuestros convenios van á quedar anulados por los que los jurisperitos llamamos fuerza mayor.

LA PROCLAMA

DELEXCMO. SR. D. ANTONIO CABALLERO DE RODAS
EN PUERTO PRINCIPLE.

Perdone M. de Cormenin (Q. E. P. D.) si estoy dispuesto á creer que hubo elocuencia militar antes de la aparición de Julio César, y si, por consiguiente, presto fíe á las admirables arengas que de sus respectivos héroes nos han conservado Quinto Curcio, Polibio, Tucídides, Salustio, Plutarco, Tácito, Tito-Livio, y otros historiadores griegos y romanos, aunque no dudo que esos eminentes retóricos han podido aumentar ó corregir algo dichas arengas. ¿Por qué nos hemos de rebelar contra la idea de que los grandes capitanes de la antigüedad, que para ser grandes capitanes debieron tener tan clara inteligencia como fuerte corazón, supieran preparar á sus soldados para la victoria enardeciéndolos con el fuego de su palabra?

Las razones en que el moderno Timon apoyaba sus dudas eran de pié de banco. Tomaba el buen señor á César por el único de los grandes capitanes antiguos que tuvo inclinaciones literarias, y pensó que los demás no podían arengar á centenares de miles de combatientes, ya por la dificultad de hacerse oír de tantos hombres, ya por ser los guerreros mas dados á la lucha que á la elocuencia.

En cuanto á lo de hacerse oír de mucha gente al aire libre, no consta que César tuviese mas pulmones que otros predilectos hijos de Marte, y con respecto á la cultura, se necesita ser muy parcial *cesarista* para despreciar á un Xenofonte, no mas célebre por la asombrosa retirada de los Diez Mil, que le inmortalizó como estratégico, que por la elegancia con que supo describirla y por las eminentes cualidades de escritor que manifestó en todas sus obras, y á un Temístocles, cuya irresistible argumentación irritó al espartano Milcíades hasta el extremo de que este, no sabiendo contestarle, le amenazase con el palo, y á un Focion, ese rival de Demóstenes en la elocuencia, que á la edad de 80 años supo vencer á los macedonios, habiendo merecido por sus talentos militares que los atenienses le nombrasen cuarenta y cinco veces general en jefe de sus ejércitos, y á un Alejandro, el educando de Aristóteles, tan entusiasta de Homero, que no hacia sus maravillosas conquistas por la ambición de extender sus dominios, tanto como por la de tener, como Aquiles, quien cantase sus hazañas, y á otros muchos héroes cuya enumeración seria interminable, y todo para venir á probar que Julio César fué el conquistador culto por excelencia en el mundo antiguo.

Por otra parte, ¿no pertenecen á la elocuencia militar muchos discursos de Demóstenes y de Cicerón? Y además, ¿no existe esa misma elocuencia bajo muy diferentes formas? Qué son las odas de Tirteo, sino proclamas sublimes en verso, con que el fogoso retórico ateniense supo inflamar el corazón de los abatidos lacedemonios, poniéndolos en actitud de derrotar á los mesenios? ¿Qué son algunas odas de nuestro amado Quintana, sino proclamas sublimes tambien, con que animó á nuestros padres á sacudir el yugo de los franceses, y por las cuales ha tenido la dicha de verse apellidado el Tirteo de los españoles?

Yo creo lo que me dicen los historiadores, y hasta veo dibujado el carácter de los guerreros eminentes en las arengas que Cormenin toma por invenciones de oficiosos apolo-gistas. En las que Annibal y Escipion, por ejemplo, dirigieron al pié de los Alpes á sus respectivos ejércitos antes de llegar á las manos, ámbas á cual mas conmovedoras por la pintoresca firmeza del lenguaje, contrasta la

prudencia del valiente romano con la arrogancia bien justificada del terrible cartaginés, tipo insuperable como batallador y como patriota.

Y bien, por el falso modo que tuvo de juzgar á los antiguos grandes capitanes, pueden explicarse las sandeces que acerca de la elocuencia militar española dijo en su *Libro de los Oradores* M. de Cormenin, para quien todos los encantos de la palabra belicosa fueron privilegio exclusivo de los héroes del Rubicon y del 18 de brumario.

Precisamente, si hay elocuencia que peque de fanfarrona en el mundo esa es la de los militares del primer imperio francés, y si hubo alguna vez historiadores mas ricos de imaginación que de veracidad, esos fueron los que se encargaron de preconizar la referida elocuencia. Dígalo, si no, aquello de «La Guardia muere; pero no se rinde» neciamente atribuido á Cambonne, quien, como ha observado bien D. Antonio Alcalá Galiano, siguió *ciriendo* despues de haberse *rendido*, y díganlo muchas otras frases huecas que podrían citarse.

No seremos nosotros tan injustos que neguemos el mérito á las originales y briosas alocuciones del general Bonaparte, y decimos *del general*, porque el mismo hombre, cuando marcado por el incienso de la adulación pudo hablar en su nombre propio, nunca dijo tan buenas cosas, ni las expresó con tanta perfección como cuando lo habia hecho en nombre de la patria.

De todos modos, habia en dichas proclamas mucho de nuevo y de característico, que es lo que para nosotros tiene mas precio en las producciones del entendimiento humano.

Por eso, por apartarse de la rutina, por el sello de la originalidad que tiene, por la intención con que está escrita y por la belleza de su forma, miro la última proclama del general Caballero de Rodas como un documento, no menos importante bajo el punto de vista literario, que considerado en su importancia política, y quiero insertarlo íntegro, para que, los que guardan la colección de nuestro periódico, tengan el gusto de conservarlo.

Nada está olvidado en ese precioso documento de cuanto el conocimiento de los sucesos sugiere á un amigo de la verdad, para hacer entrar de nuevo en la senda del deber á los espíritus alucinados. La falacia de las promesas y lo errado de los vaticinios de los jefes de la rebelión, así como la villana conducta de los que huyeron á tierra extraña para poder atizar impunemente desde allí el fuego de la discordia; el contraste que ofrece la riqueza de los terrenos donde dominó el mal consejo, con la de aquellos que permanecieron tranquilos; la situación desesperada en que se encuentran los enemigos del orden; la conducta noble y bondadosa que nuestros valientes soldados han observado con los que se arrepintieron de sus errores; todo aparece expuesto con el estilo brillante propio de quien, animado de paternales sentimientos, quiere vencer, esgrimiendo las armas de la razón antes de apelar á las que harán inútil toda resistencia.

Pero hay dos párrafos sobre todo en esa proclama en que se reflejan de un modo admirable la energía militar de quien está resuelto á no gastar contemplaciones con los recalcitrantes, y la perspicacia del hombre experimentado, que sabe la interpretación que á su generosa excitación pudieran dar los que no le conocen. El primero de dichos párrafos es aquel en que, despues de asegurar á la insurrección, limitada hoy á las montañas del Camagüey, que llegarán refuerzos considerables, suelta estas briosas amenazas:

«..... Y entendedlo bien, *ca á empezar con todos sus estragos la guerra de que todavia no tenéis una idea exacta. De hoy mas no habrá para vosotros ni hora ni lugar seguro, etc.*» El otro párrafo es el que sigue al anterior, y en él hemos leído con inmensa satisfacción estas palabras, que no deben olvidar los temerarios á quienes van dirigidas: «He advertido que la clemencia de mis antecesores fué interpretada como signo de debilidad ó de impotencia, y no quiero imitarlos.»

Esto es lo que vulgarmente se llama *hablar al alma*, y por ello felicito al prócer á quien vamos á tener que brindar pronto los laureles de la victoria, y cuya última proclama, como he dicho, quiero que se conserve en mi periódico, como un documento importantísimo por su carácter político y por su belleza literaria. He aquí esa proclama:

Gobierno Superior Político.—Secretaría.—Por primera vez desde mi arribo á esta Isla, cuyo mando me ha sido confiado por el Gobierno de la Nación, me dirijo á los que están en armas contra España, extraviados de la senda del deber y de la de su propia conveniencia.

Sé muy bien que muchos, que la mayor parte de vosotros, ha sido arrastrada á la rebelión por el engaño ó la violencia, y en esta persuasión, he de intentar aun como Gobernador lo que estoy dispuesto á cumplir como soldado.

Habituabais los campos fércaces que proveían con abundancia á vuestras necesidades; gozábais de la dicha del hogar y de la familia, viendo seguro el fruto de vuestros sudores y el porvenir de vuestros hijos, y os dijeron que habia dicha mayor renegando de la Patria y de la bandera que os ha cobijado, como sucedió á vuestros abuelos.

Mas de un año ha pasado desde entónces, y el desengaño ha debido romper la venda con que cubrieron vuestros ojos, abusando inhumanamente de la sencillez y de la credulidad en que viviais.

¿Quiénes son vuestros jefes? ¿Acaso os han ocultado que son extranjeros mercenarios, ó criminales reclamados por los Tribunales civiles?

¿Dónde está la libertad que os prometieron? ¿No habeis experimentado á costa vuestra, no sufris aun la peor, la mas horrible de las tiranías?

Las invenciones con que han procurado extraviar, no solo vuestra inteligencia, sino la opinión del mundo entero, esos que os llevan por la senda del mal, prodigos de periódicos y de dieterios, no han podido impedir que la verdad, en toda desnudez, se ofrezca á vuestra vista.

Os dijeron que España desgarrada por discordias intestinas no podría enviar aquí ni un buque, ni un soldado, y contestan la escuadra que cierra el paso á los recursos prometidos, los batallones que van estrechando vuestras guaridas y la voz potente de millones de españoles dispuestos á suceder á estos, si necesario fuere.

Soñaron un gobierno que habia de hacer de Cuba un paraíso, y en efecto, no pudieron entenderse en otro acuerdo que en el de hacer mas gobernantes que gobernados, ni hallaron otro medio de fomentar el país que el de reducirlo á cenizas.

Contaron por dias las victorias, y no contentos con poner, en sus papeles, en huida constante al soldado español, pintáronlo sanguinario y desertor! Añadieron que la insurrección crecía como avalancha y forjaron en su ilusión una Isla de Cuba en la que dejaban á España unos cuantos puntos de la costa! Deciros esto á vosotros, testigos de todo lo ocurrido! A vosotros, que habeis presenciado como se estrellaba sin excepción la bizzarria del llamado ejército libertador ante las guarniciones de los mas insignificantes pueblecillos! A vosotros que habeis visto partir con los niños, las mujeres, los ancianos ó desvalidos el vestido y la ración de ese soldado que os calumniaban!

La falacia es arma que podrá utilizarse de momento; pero el tiempo la embota y la despunta. Ese prodigioso desarrollo de la rebelión,

ya lo veis, se encuentra en la imaginación febril de los que hacen la guerra, cómodamente instalados en el extranjero. El Departamento Oriental y la jurisdicción de las Villas renacen á la paz, habiendo vuelto á sus faenas ordinarias, libres de las contribuciones que los mismos que os guían pidieron al Gobierno para sus siniestros fines, acogidos por la generosidad castellana, los que al fin han reconocido el error y el engaño. El Departamento Occidental, que conservará el honroso dictado de Siempre Fiel, ha querido mostrarnos con la elocuencia de los hechos lo que va del orden á la anarquía. Mientras el terror y el desasosiego os privan de albergue y de reposo, y vagáis sobre las ruinas de lo que fué patrimonio vuestro, allí se disfruta de la seguridad y la calma; impera la justicia, se desarrolla la riqueza con el mayor producto de los bienes, pues que habeis incendiado los que podían hacerles competencia: sube con el bien estar el crédito, y se va preparando de una manera progresiva y segura la verdadera libertad, innata aspiración del hombre.

Así, al primer anuncio de una banda rebelde que intentaba llevarles el infortunio que os aflige, se alzó en masa el país y destruyó hasta el último de los que acompañaban al desdichado Arredondo, sin pedir auxilio á la Autoridad ni á la tropa pa á la defensa de intereses que tan caros les son, por no necesitarlos para dar testimonio del valer de los buenos cubanos.

Limitada, pues, la insurrección á estas montañas del Centro, veis llegar una tras otra las columnas, innecesarias en otras partes, y, entendedlo bien, va á empezar con todos sus estragos la guerra de que todavía no teneis idea exacta. De hoy mas no habra para vosotros hora ni lugar seguro: las cañoneras cercan las costas á que volvéis los ojos: los batallones estrecharán la distancia que os separa de ellas.

Esta es la razón de dirigiros mi voz autorizada. A nadie llamo, á nadie necesito: he advertido que la clemencia de mis antecesores, que dictó el indulto y el perdón, fué interpretada como signo de debilidad ó de impotencia, y no quiero imitarlos; pero, aunque rebeldes hoy, no por ello desco sangre vuestra y he querido avisaros.

Todavía los que os acaudillan han de prometeros auxilios y acontecimientos; aun siguen su sistema procaz, según la nueva prueba dada por Quesada en Nueva York, después que lo expulsasteis de vuestro lado, elevando su ejército á 64.000 infantes y ginetes.

Pesad las palabras de esos hombres y las mías, y conservad en la memoria estas con que voy á concluir:

Cualesquiera que sean los sucesos, van á dar principio con actividad y energía las operaciones de este Departamento.

Excepción hecha de los que constituyen el titulado Gobierno, y de los que se han señalado como altos jefes, todo el que deponga las armas ante cualquiera de las autoridades legítimas, será bien recibido y tendrá garantida la vida.

Puerto-Príncipe, 24 de Marzo de 1870.—*Ca-
ballero de Rodas.*

EL FAMOSO BANKS.

No puede negarse, lectores, que hay hombres cargantes, muy cargantes, tanto que, con solo verlos, entra cualquiera en gana de romperles el bautismo.

Esta reflexión no es nueva, pues de seguro se les habrá ocurrido á todos los que hayan visto siquiera una vez la cara de Morales Lémus; porque hay caras redondas, (la de Bramosio es de luna llena) y las hay ovaladas, y las hay alegres, y las hay afligidas, (la de D^a Emilia dá ganas de ponerse á llorar... por no decir otra cosa) y las hay guapas, (esto no vá con D^a Emilia,) y las hay feas, (esto sí,) y las hay expresivas, y las hay ordinarias, y la de Morales Lémus no es nada de eso. Es lo que se llama una fisonomía cargante, tan cargante, que nadie ha mirado una vez

á ese señor sin decir para sus adentros: ¿cómo me carga ese tío!

Pues bien, señores, soy franco: yo no he visto nunca al famoso Banks, ni le puedo ver, ni me hace falta verle, y sin embargo, siempre me ha cargado también mucho ese señor, lo cual debe consistir en que hay nombres tan repulsivos como la cara de Morales Lémus, y el de Banks, para mi gusto, es uno de esos nombres. Desde que por primera vez oí el apellido Banks, me fué antipático el que lo llevaba, poniéndome en el magín que el que llevaba semejante apellido debía ser cargante en grado heroico y superlativo, y los hechos van demostrando que no me engañaban mis presentimientos.

También hay hombres que solo tienen de particular el ser cargantes por su cara ó por su nombre, pues, por lo demás, son tan incapaces de hacer nada, ni malo ni bueno, aunque lo pretendan, que lo mismo dá tenerlos por amigos que por enemigos, y el famoso Banks se halla en ese caso.

Efectivamente, ¿qué daño ni qué provecho pueden hacer á una causa hombres tan vulgares como el famoso Banks? Supongamos que en la guerra del Norte contra el Sur hubieran faltado un Grant, un Sherman, un Sherydan y hasta el mismo Butler, y, seguramente, la falta de cualquiera de esos hombres habría podido influir en la duración de la contienda, marcando, tal vez, distinto carácter á los acontecimientos; pero demos por suprimido á Banks, y entonces ¿no hubieran pasado las cosas del mismo modo que pasaron, para venir á parar al desenlace que tuvieron, sin discrepancia de un minuto en el tiempo, ni de una tilde en la relación de los hechos militares?

Estoy equivocado, porque de no existir el famoso Banks, los cargos que se le dieron á ese señor, se le hubieran dado á otro, que habría sido mas apto que él para desempeñarlos, por poco que lo fuera, y aunque no sumemos victorias para las armas de la Union, con solo suprimir las derrotas que el famoso Banks proporcionó á esas armas, se sacará la consecuencia lógica de que el Norte habría vencido mas pronto y mas fácilmente al Sur, si los cargos que tuvo el famoso Banks los hubiera desempeñado otro hombre cualquiera.

Luego, ciudadanos como el famoso Banks, mejóres son para enemigos que para amigos, y debemos por consiguiente, felicitarnos de que, pudiendo ser otro, sea ese señor el que ha tomado á pecho en los Estados Unidos la defensa de los *libertadores incendiarios* de Cuba.

Y pues voy hablando de tipos, ¿no conocéis, lectores, el del hombre que siempre encuentra lo contrario de lo que busca?

Eso no admite duda, y en prueba de ello, ahí está el famoso Banks, verdadero rigor de los desdichas, que pudiera aplicar á su individualidad aquello de

«que no hay cosa mala ó buena,
que aunque la piense de tajo
al revés no me suceda.»

¿Qué hizo Banks con el ejército y escuadra que le dieron los federales en Nueva Orleans, para ir, río arriba, á batir á los confederados del Occidente? Allí, según las disposiciones que tomó, parecía que se había propuesto perder el ejército y la escuadra, y si tal fué su propósito, no se salió con la suya, porque, aunque los confederados le obligaron á correr hasta la mencionada Nueva Orleans, parte del ejército y toda la escuadra lograron salvarse..... de milagro. No fué, pues, culpa del famoso Banks que allí no sucumbiese la causa del Norte, que él defendía, pues bien puso los medios para que todo se lo llevase la trampa; fué culpa

de la fatalidad que le persigue, no dejándole nunca lograr sus intentos.

Y bien, ese señor está trabajando ahora en favor de los *libertadores cubanos*, y tengo el gusto de poder asegurar que trabaja de buena fé. Así sea, porque, cuanto mas haga el famoso Banks por los tales *libertadores*, mas pronto se extinguirán estos, y así debe ser; porque cada vez cuenta con menos simpatías en el mismo Norte la causa rebelde que aquí está ya agonizando. ¿Cómo ha de ser simpática una causa defendida por el famoso Banks?

También hay hombres empeñados en que se hable de ellos, y cuando no lo consiguen por buenas, apelan á medios como el de Eros-trato. Ahí teneis, si no, al famoso Banks, que no me dejará mentir. ¿Para qué sufrió ese hombre en la Luisiana la derrota de que ántes he hablado, sino para llamar la atención del mundo? Es claro; cuando eso sucedió, estaban los confederados tan alicaídos con la victoria de Meade en Gettysburg y la capitulación de las plazas del Misisipí, que en todas partes sufrían rudos descalabros. ¿Qué celebridad hubiera podido darle á un hombre una victoria, cuando tantas conseguían diariamente las armas del Norte? Al contrario, el modo de singularizarse, consistía en perder cuando había entrado la moda de ganar, y si, en efecto, el famoso Banks se propuso dar algo que decir con su derrota, por aquella vez faltó su sino de acertar errando, pues, vive Dios, que bien se puso en ridículo á los ojos del mundo entero, dando motivo á la murmuración en todas las naciones civilizadas.

Y bien, lectores, también esta vez creo que logrará el famoso Banks su objeto de dar qué decir á la gente, porque, cuando á todo el mundo le consta que los enemigos de España en Cuba son unos *incendiarios, asesinos, ladrones y embusteros*, ¿cómo no ha de llamar la atención pública el ver á un hombre honrado, que sin duda lo es el famoso Banks, simpatizando con bandoleros tan inícuos y despreciables? Sí por cierto; el famoso Banks, nacido para distinguirse siempre de un modo chocante, ha tomado el mejor camino que para brillar se le ofrecía, pues así, cuando asista á las reuniones de los que en Nueva York conspiran contra España, las personas instruidas dirán, señalándole con el dedo: «aquel es el único hombre de bien de la cuadrilla.»

Por de contado, también converdeis conmigo, lectores, en que hay hombres tercios, y ahí está el famoso Banks para corroborar mi opinión, si alguien la pusiera en duda.

Tan cierto es esto que, cuánto mas pérdida está la causa de los libertadores cubanos, mas ilusiones abriga el famoso Banks acerca de su triunfo. Ese buen señor trabajó como un descosido para lograr el reconocimiento de beligerancia, fundado en que los *mambises* tenían un gobierno, cuyos presidentes, ministros y diputados, estaban unas veces en Guáimaro y otras en Cascorro.

Pues bien; nuestros soldados han tomado posesión de aquellos pueblos donde estaba la farsa gubernamental de los *mambises*, los cuales *mambises* se han ido á vivir en despoblado, es decir, en los montes, como las fieras, y cuando el famoso Banks sabe todo lo que voy manifestando, es cuando pone mas empeño en que se dé á los fugitivos la consideración de beligerantes. ¿No demuestra esto una perseverancia tan á prueba de bomba, que bien podría calificarse de terquedad ridícula, ó de obstinación insensata?

Sí; pero el famoso Banks es hombre de tal calibre, que verá terminada la guerra; verá proclamada la paz; verá la prueba de

no quedar en Cuba un solo faccioso armado; verá todo esto y mucho mas, y despues de verlo...trabaja por que se declare beligerantes á los sapos y culebras que conservan los expedientes en que haya metido mano su amigo Morales Lénus.

En cuanto á que hay hombres que caen en gracia, sin ser graciosos, ahí está para prueba el famoso Banks, que no tiene nada de gracioso, y á mí me va cayendo muy en gracia, sin embargo de haber empezado por parecerme cargante. ¿Qué quieren ustedes que suceda? Cuando un hombre de buena razon empieza á leer el Bertoldo, no saca el gusto á los disparates que la obra contiene; pero poco á poco se lo vá tomando, y acaba por reirse de dichos disparates.

Pues bien, y concluyo: el famoso Banks no será gracioso; pero al ver la pertinacia con que protege á los *laborantes* y *mambises*, ha llegado á caerme tan en gracia, que cada vez que sé algo nuevo acerca de ese señor, me divierte como si leyese una nueva anécdota de Bertoldo.

AMURATES.

"EL ROSARIO DE LA AURORA."

(CUENTO ORIENTAL.)

I.

En un cuarto, que de ochavo
Tiene, por cierto, mas facha;
Yace la Sultana Emilia
Bordando una rica banda,
Para el cinico Jordan,
Herederio de Quesada.
Cien esclavas la rodean,
Aunque no de buena gana,
Pues diz que muy á menudo
Suele andar lista la tranca;
Cosa que forma la clave
De esa nueva democracia,
Segun cuenta la heroína
Libertina-liberal.
Tiene en ello de cigüeña,
Tiene narices de á cuarta,
Tiene pico de flamenco,
Tiene facciones de urraca.
No gasta blanco almayzar
Ni ricas babuchas gasta,
Pues ya tiene sus añitos
Y está bastante gastada.
Sin embargo, en su semblante
Cierta pena se retrata,
Y es que vé desvanecidas,
Las glorias que la esperaban,
En esta tierra do quedan
Mucho toro y poca caña.
Por eso gime y se esfuerza
La moderna Cleopatra,
La del pico de flamenco,
La de narices de á cuarta,
La que soñó ser condesa
Del condado de Najaza:
Por eso está taciturna,
Descolorida y ajada,
Como estandarte de club
En día de zaragata.
¡Ay!...están sus ilusiones
Mas perdidas que su causat.....
Pero vamos á otra cosa,
Que se han sentido patadas,
Y gira sobre sus goznes
Una puerta desgonzada.

II.

Uno á uno, dos á dos,
(Y no Gomeles ni Mazas);
Seis morazos como templos
Penetraron en la estancia.
Visten chilaba amarilla,
Símbolo fiel de la rabia,
Marlotas de Güano verde
Y escobas por cimitarras.

Sentaditos en cuclillas
Cachimbas fuman de á cuarta,
Chupando todos á una
De su Califa en las barbas.
Vense allí Sidi-Morales,
El renegado Quesada,
Los walís Aben-Bramosio,
Piñeiro y Mehemet-Aldama.
Miraron atrás y aiente,
Cual gente que está escamada:
Y acto continuo trabaron
Esta interesante plática:

ALDAMA. En nombre del santo Aláh
Que todo lo puede y manda.
QUESADA. ¡Aquí no hay mas Dios que yó!....
ALDAMA. Calle usted, señor Jindama.
QUESADA. No haré tal cosa.
ALDAMA. ¿Por qué?.....
QUESADA. Porque no me dá la gana.
BRAMOSIO. (Doña Emilia, mande al punto
Por tres realitos de caña.) (la doña obedece.)
ALDAMA. Vamos al grano, señores.....
BRAMOSIO. Hola!..... pido la palabra.
ALDAMA. Hable el rabino en buen hora.
Pero breve y..... poca paja.
BRAMOSIO. Precisamente esa frase
Tengo en mi mente grabada,
Porque la paja, señores,
Es un manjar que me encanta.
PIÑEIRO. Eso alude á mi persona.
MORALES. ¡Que se escriban sus palabras!
Pues á mí tambien me toca
Muy de cerca esa empujada.
PIÑEIRO. ¡Ay, si jalo del machete!
ALDAMA. Orden, señores!.....
BRAMOSIO. Ya escampa.
PIÑEIRO. ¡Se vá armar una tramoya!
QUESADA. Basta ya de mogigatas,
Señores; falta dinero
Y es preciso que se traiga,
Pues de lo contrario, todo
Se lo llevará la trampa.
ALDAMA. Lo que es yo, no doy un cuarto.
BRAMOSIO. Ah!
PIÑEIRO. Oh!
QUESADA. Uff!.....
DOÑA EMILIA. (interrumpiendo) Señores..... caña.....
PIÑEIRO. Eso es poco patriotismo. (toma un buche, el jara-
be corre de mano en mano con rapidéz.)
QUESADA. Yo voy á romper la espada!
BRAMOSIO. ¿Y qué dirán de nosotros
Por las naciones cristianas!.....
ALDAMA. (Si yo lo hubiera sabido
De fijo que no me atrapan!.....)
PIÑEIRO. Yo no transijo.....!
QUESADA. Ni yó!.....
BRAMOSIO. Ni yó!..... (acabando de apurar el Don Diego
Dorado que contiene la copa.)
DOÑA EMILIA. ¿Qué se vá la gata!
ALDAMA. Señores, nos ha salido
El tiro por la culata.
.....
Y al poco rato sintióse
Grande estrépito en la estancia,
Y hubo sendos mogicones,
Mesáronse de las barbas;
Y una voz aguardentosa
Murmuraba en lontananza:
«Señores, nos ha salido
El tiro por la cula tal!.....»

MIRAMAMOLIN-EL-RAFGAD. (1)

(Marzo de 1870.—(En una trinchera.)

MISCELANEA.

De quien no ha vuelto á decirse nada es
de Goicuria.

—¿Has estado en Benevento?
—Estuve una temporada.
—¿Qué se dice de mí?—Nada,
Y puedes estar contento.

He aquí un epigrama que no quisiera hoy
merecer el filibustero Goicuria; porque mas

(1) Este Rafgad, es un digno oficial de Covadonga, ya
conocido de nuestros lectores.

le convendría dar algo malo que decir, que
no dar que decir nada, puesto que cuando
nada se dice de él..... es señal de que se lo
han comido las áuras.

D. Francisco y D^a Isabel de Borbon han
dado siempre muestras de ser católicos tan
fervientes, que ni aun sepultura concedían á
cualquiera que infringiese uno solo de los
sacramentos de la Iglesia.

Segun el telégrafo, D^a Isabel y D. Fran-
cisco han hecho las paces, tomando el parti-
do de vivir separados, para la mejor armonía
del matrimonio.

Consecuencia. Cuando ustedes vean que
el marido se va por un lado y la mujer por
otro; ya pueden decir: así habrá paz.

La poblacion de toda la Isla se va adhirien-
do á la protesta del Casino Español de la Haba-
na contra la idea de la venta ó cesion de Cu-
ba. Traslado á los periódicos que en Madrid
ó en Barcelona creen fácil lo imposible.

¿Qué pena daría V. á los que compran
plumas, para abogar por causas infames?

—Yo les diría, que deben pagar por donde
pecan, y los emplumaria. Traslado á los labo-
rantes.

Parece que una de las últimas sesiones del
Concilio fué sumamente borrascosa. ¿Todo sea
por el amor de Dios!

Ya se sabe por qué tuvo Jordan que dar
su dimision del generalato de los mambises.
Aguilera dijo que él no podía servir á las
órdenes de un sugeto que tenia nombre de río,
y como Céspedes es muy amigo de Aguilera,
tuvo que decirle á Jordan que se fuese á pa-
seo. Si Jordan se hubiese nombrado Jeréz,
Málaga, Madera ú Oporto, otro gallo le can-
tara.

Charada.

Prima y terciá con razon
Salvar, al morir, quisiera
Quien de segunda y tercera
Ofrece la condicion.
Y es una verdad notoria
Que, juntándose las tres,
Nos dan el nombre del que es.....
Rival del bobo de Cória.

RECTIFICACIONES.

En el número anterior digimos que la Fá-
brica de Cigarros titulada Zumalacárregui
era propiedad de los Sres. Vidal y C^a, y me-
jor informados debemos decir, que los ex-
presados Sres. tienen solo el depósito único
en esta Ciudad de los cigarros de dicha fá-
brica, cuyos propietarios son: «Zumalacárre-
gui y C^a»

Tambien, por equivocacion, en el mismo
número, se supuso el empleo de Teniente
General al Excmo. Sr. Mariscal de Campo
D. Eusebio Puello.